

La primera vez que oí tararear una canción de Hilario Camacho fue en una cuatrocientos treinta y tantos del módulo izquierdo del Masculino. Cuarta planta. Novatos de Agrónomos y otros de la misma carrera. El cuarto era el de mi amigo El Cheli. Sonaba en una cinta Cuerpo de Ola. Quizás él había asistido el año anterior en Sevilla a algún concierto del cantautor de Chamberí. El resto de habitantes de la planta -al menos una parte-, léase El Conquero, Balú, El Pobre de Espíritu o Princetón eran, sin duda, ajenos a esta música vanguardista de letras melancólicas que olían a asfalto y desamor. Incluso podría decirse que eran extraños a cualquier tipo de música, excepto los fandangos de Huelva, el himno de un club de fútbol o algún estribillo local. De todo hay en la viña del Señor. Hilario Camacho había evolucionado de compositor comprometido en el cambio político -Canción del Pueblo era su grupo- a autor de bellísimas canciones en las que dejaba traslucir un cierto desencanto de la vida. Una desesperanza. Lenguaje simbólico -poético- que desnudaba las interioridades que esconde el corazón joven, inexperto. Y en el que, de alguna forma, nos reconocíamos como protagonistas de aquellas historias urbanas que ponían una gota de languidez, de desencanto, en la garganta. Por aquel entonces era un tipo de treinta y pocos años -ya de vuelta de muchas cosas- que parecía explicarnos que en esos años de juventud y movida, de vorágine y éxtasis, la noche escondía un doble fondo en su cajón. Oculto en la euforia desenfundada del alcohol, bajo el paraíso temporal de las drogas o el sexo deslumbrante por puro inconformismo o por la simple pulsión del instinto, aparecía -tantas veces- un lance de perdedores en la apuesta de la vida. Un fracaso de juguetes rotos, un abismo de soledad bajo los pies. Años decisivos. Y esos recovecos confusos, ese laberinto del alma adolescente los expresaba, magistral y honda, la guitarra de Hilario Camacho. Y su voz.

Y fue que algún año más tarde -creo el ochenta y dos, ya fuera del Colegio- fuimos varios a un concierto suyo. Patio de los Salesianos. Entonces Córdoba se hacía un sitio en el panorama musical con lo que se llamó el Rock Andaluz: Mezquita y Medina Azahara, que ensayaban en un local de la Judería para deleite -es opinable- de sus vecinos. También desde el Colegio recuerdo vino gente en moto -el vínculo siempre permanecía- a una reunión tranquila que empezó con la última luz de la

tarde y sillas de tijera en torno al escenario. Ambiente un punto provinciano. Y que no era el delirante del Rockódromo de Madrid o la bohemia Carbonería de Sevilla con sus canciones de autor. Pero era Córdoba y estábamos allí. Y vimos a un cantante de mirada amable con gafas a lo John Lennon, subido en un taburete, que fue desgranando su repertorio. Luego, ya con la noche, se encendieron los mecheros - entonces toda la basca fumaba- como llama votiva improvisada para sentirnos -con él- parte del ritual. No fue un recital de paroxismo o de histeria, sino que salimos andando por las calles del centro -donde vivíamos- con el regusto de haber oído a un artista peculiar, distinto. Primera trinchera de una clase de música que más que un poso de rebeldía -lo que se llevaba- nos dejaba un sabor a dulce tristeza. Pero éramos jóvenes. Y nos fuimos, luego, al Aljibe, en la calle Obispo Fitero, uno de esos pubs al estilo arábigo andaluz que habían proliferado tanto en esa época. Pufs bereberes en el suelo, lámparas andalusíes. Allí, hablamos, reímos y, a nuestra forma -tan lejos y tan cerca- nos sentimos colegas de Hilario Camacho y su mensaje. En Córdoba, como en Madrid en la palabra suya, también amanecería un poco más tarde. Y al salir, tras varios años ya en esa ciudad, tal vez notamos en la espalda el escalofrío de que el Final de Viaje en ella -como el título de la canción de Hilario- estaba próximo. Merece la pena oírla de nuevo. Al menos a mí.

El Fiscal Internacional de Santa Mónica.

ignaciobenju@gmail.com